

III

El plato de segunda mesa del rey

El rey Luis XV no era tan manejable que se pudiese hablar de política con él todos los días.

En efecto, fastidiábale mucho la política, y en sus días de apuro salía de él con este argumento que no admitía réplica:

— ¡Bah! ¡la máquina siempre durará tanto como yo!

Cuando la ocasión era favorable, se aprovechaba, pero era raro que el monarca no recobrase su ventaja que un momento de buen humor le había hecho perder.

Madama Dubarry conocía tan bien á su rey que, á manera de los pescadores que conocen la mar, jamás se embarcaba con mal temporal. Y cuando el rey iba á verla á Luciennes era uno de los mejores momentos posibles. — El rey no había tenido razón la víspera y sabía de antemano que iban á regañarle; por consiguiente en aquel momento estaba muy benigno.

Sin embargo, por confiada que sea la pieza que el cazador acecha, siempre tiene cierto instinto de que es preciso saber desconfiar; pero ese instinto sale errado cuando el cazador es diestro.

He aquí cómo se arregló la condesa respecto de la caza real que ella quería atraer á sus lazos

Estaba, como creemos haber dicho, en unos paños menores muy galantes, como los que Boucher pone á

sus pastoras. Sólo que no tenía colorete, porque éste era antipático al rey Luis XV.

Así que anunciaron á S. M. la condesa se arrojó á su tarro de colorete y comenzó á frotarse las mejillas furiosamente.

El rey vió desde la antesala la ocupación á que se entregaba.

— ¡Puf! dijo al entrar. ¡La pícara se está dando colorete!

— ¡Ah! buenos días, señor, dijo la condesa sin dejar su postura delante del espejo ni interrumpir su operación, aun cuando el rey la besó en el cuello.

— Parece que no me esperabais, condesa, dijo el rey.

— ¿Y por qué no, señor?

— Porque estáis ensuciando de ese modo vuestra cara.

— Al contrario, señor; estaba segura de que no pasaría el día sin tener el honor de ver á V. M.

— ¡Con qué tono me lo decís, condesa!

— ¿Lo creéis así?

— Sí. Estáis seria como Rousseau cuando escucha su música.

— Es porque en efecto, señor, tengo alguna cosa seria que decir á V. M.

— ¡Ah, bueno! Ya os veo venir, condesa.

— ¿En verdad?

— Sí, me vais á hacer reconvenciones.

— ¡Yo! de ninguna manera, señor. ¿Y por qué os las había de hacer?

— Porque no he venido ayer.

— ¡Oh! señor, me haréis la justicia de creer que no tengo la pretensión de confiscar á V. M.

— Juanita, tú te pones enojada.

— ¡Oh! no, señor; lo estoy ya hasta no poder más.

— Escuchad, condesa; os aseguro que no he dejado un momento de pensar en vos.

— ¡Bah!

— Y que la noche me ha parecido eterna.

— Pero, señor, me parece que no os digo una palabra de eso. V. M. pasa las noches en donde le acomoda, y nadie tiene que ver en ello.

— En familia, madama, en familia.

— Señor, ni siquiera me he informado de ello.

— ¡Y por qué así?

— ¡Diantre! convendréis, señor, en que eso sería muy mal visto.

— Pues entonces, exclamó el rey, si no me reconvenís por eso, ¿por qué me reconvenís? porque al cabo, es preciso ser justos en el mundo.

— Yo no os reconvengo, señor.

— Sin embargo, supuesto que estáis enojada.

— Lo estoy, sí, señor; en cuanto á eso, cierto es.

— Pero ¿y por qué?

— Porque soy un suple-faltas.

— Vos ¡gran Dios!

— ¡Yo! sí, ¡yo! ¡La condesa Dubarry! La linda Juana, la hechicera Juanita, como la llama V. M.; sí, soy el plato de segunda mesa.

— Pero ¿por qué?

— Porque yo tengo á mi rey, á mi amante, cuando madama de Choiseul y madama de Grammont no lo quieren.

— ¡Oh! ¡oh! condesa...

— ¡Á fe mía! ¡tanto peor! yo digo en plata las cosas que tengo en el corazón. Escuchad, señor; aseguran que madama de Grammont os ha acechado muchas veces á la entrada de vuestro cuarto de dormir. Yo haré todo lo contrario de la noble duquesa: acharé á la salida, y el primer Choiseul ó la primera

Grammont que me caiga entre las uñas... ¡Tanto peor, á fe mía!

— ¡Condesa! ¡condesa!

— ¡Qué queréis? Yo soy una mujer mal educada, soy la manceba de Blas, la bella Borbonesa, ya sabéis.

— Condesa, los Choiseul se vengarán.

— ¡Qué importa, con tal que se venguen de mi venganza?

— Seremos escarnecidos.

— Tenéis razón.

— ¡Ah!

— Tengo un medio maravilloso, y voy á ponerlo en ejecución.

— ¡Y qué medio es? preguntó el rey.

— El de marcharme pura y simplemente.

El rey se encogió de hombros.

— ¡Ah! parece que no lo creéis, señor.

— Á fe mía que no.

— Es porque no os tomáis el trabajo de raciocinar; me confundís con otras.

— ¿Y cómo así?

— Sin duda. Madama de Chateauroux quería ser una diosa; madama de Pompadour una reina; las otras querían ser ricas, poderosas, y humillar á las damas de la corte con el peso de sus favores. Yo no tengo ninguno de esos defectos.

— Verdad es.

— Al paso que tengo muchas buenas cualidades

— También es verdad.

— No decís una sola palabra de lo que pensáis.

— ¡Oh! condesa, nadie está más convencido que yo de lo mucho que valéis.

— Sea así, pero escuchad; lo que voy á decir no puede perjudicar á vuestra convicción.

— Decid.

— Primeramente, yo soy rica y no tengo necesidad de nadie.

— Condesa, queréis hacer que me pese el que lo seáis.

— Luego, no tengo el menor orgullo por todo lo que lisonjeaba á aquellas damas, el menor deseo de todo lo que ellas ambicionaban; siempre he querido amar á mi amante ante todas las cosas, fuese mi amante mosquetero ó rey. Desde el día en que yo no amo, á nada tengo apego.

— Debo creer que aun me tenéis á mí un poco condesa.

— Aun no he concluído, señor.

— Entonces continuad, madama.

— Tengo que decir aun á V. M. que soy linda, que soy joven, que aun me quedan diez años de hermosura, y que no solamente seré la mujer más dichosa del mundo, sino también la más respetada, desde el día en que deje de ser vuestra manceba. Parece que os soureís, señor... Entonces siento decir que es porque no reflexionáis. Las otras favoritas, mi querido rey, cuando estabais bastante cansado de ellas, y vuestro pueblo lo estaba demasiado, las despediais, y os atraiais las bendiciones de vuestro pueblo que execraba como antes á la que caía en desgracia; pero yo no aguardaré á que me despidan. Yo dejaré el puesto, y haré saber á todos que lo he dejado. Daré cien mil libras á los pobres é iré á pasar ocho días en un convento haciendo penitencia, y antes de un mes tendré mi retrato en todas las iglesias para formar pareja con la Magdalena arrepentida.

— ¡ Oh ! condesa, no habláis seriamente, dijo el rey.

— Miradme, señor, y ved si estoy ó no seria. Al contrario, os juro que jamás en mi vida he hablado más seriamente.

— Haréis esa mezquindad, Juana. Pero ¿ sabéis que me las estáis apostando, señora condesa ?

— No, señor, porque el apostáros las sería decirnos simplemente : escoged entre esto y eso.

— Mientras que.....

— Mientras que os digo : ¡ adiós, señor ! y nada más.

El rey palideció, pero de cólera.

— Si me olvidáis de ese modo, madama, ¡ tened cuidado !

— ¿ De qué, señor ?

— Os enviaré á la Bastilla.

— ¿ Á mí ?

— Sí, á vos; y á la Bastilla en donde uno se fastidia más que en un convento.

— ¡ Oh, señor ! exclamó la condesa juntando las manos. ¡ Si me hicieseis esa gracia !

— ¿ Qué gracia ?

— La de enviarme á la Bastilla.

— ¡ Heim !

— ¡ Me colmaréis de placer !

— ¿ Cómo así ?

— Sí. Mi ambición oculta es el ser popular como el señor de La Chalotais ó el señor de Voltaire. Para eso me falta la Bastilla... Un poco de Bastilla y soy la mujer más dichosa. Esa será para mí una ocasión de escribir Memorias sobre mí, sobre vuestros ministros, sobre vuestras hijas, sobre vos mismo, y de transmitir de ese modo á la más remota posteridad las virtudes de Luis el muy amado. Extendedme la carta-orden, señor. Mirad, yo pongo la pluma y la tinta.

Y diciendo esto, presentó al rey una pluma y un tintero que estaban sobre el velador.

El rey, así desafiado, reflexionó un momento, y levantándose :

- Está bien. Adiós, madama, dijo.
- ¡ Mis caballos ! gritó la condesa. ¡ Adiós, señor !
El rey dió un paso hacia la puerta.
- ¡ Chon ! gritó la condesa.
Se presentó Chon.
- ¡ Mis baúles, mi servicio de viaje y la posta !
¡ Vamos, vamos ! dijo la condesa.
- ¡ La posta ! repitió Chon aterrada. ¿ Qué es lo que pasa, Dios mío ?
- Pasa, querida mía, que si no partimos cuanto antes, S. M. va á enviarnos á la Bastilla. Así no hay que perder tiempo... ¡ Despacha, Chon, despacha !
Este reproche hirió á Luis XV en el corazón ; el rey volvió á la condesa y le cogió la mano.
- Perdonad, condesa, mi viveza, dijo.
- ¡ En verdad, señor, que estoy admirada de que no me hayáis amenazado también con el patíbulo !
- ¡ Oh, condesa !
- Sin duda. ¡ No ahorcan á los ladrones ?
- ¡ Y qué ?
- ¡ Acaso no robo yo el puesto de madama de Grammont ?
- ¡ Condesa !
- ¡ Pardiez ! Ese es mi crimen, señor.
- Escuchad, condesa, sed justa: me habéis exasperado.
- ¡ Y ahora ?
- El rey le alargó las manos.
- Ninguno de los dos tenía razón. Ahora, perdonémonos recíprocamente.
- ¡ Me pedís seriamente una reconciliación, señor ?
- Bajo mi palabra.
- Retírate, Chon.
- ¡ Sin encargar nada ? preguntó Chon á su hermana.

- Al contrario, encarga todo lo que te he dicho.
- ¡ Condesa !
- Pero que aguarden nuevas órdenes.
- ¡ Ah !
- Chon salió.
- ¡ Conque me queréis ? dijo la condesa al rey.
- Sobre todas las cosas.
- Reflexionad lo que decís, señor.
- El rey reflexionó en efecto, pero no podía desdeñarse ; además quería ver hasta dónde llegaban las exigencias del vencedor.
- Hablad, dijo.
- Al momento. ¡ Pensadlo bien, señor ! Yo marchaba sin pedir nada.
- Demasiado lo he visto.
- Pero si me quedo pediré alguna cosa.
- ¡ Qué ? Sólo se trata de saber qué pedís.
- ¡ Ah ! demasiado lo sabéis.
- No.
- Sí tal, puesto que ya os ponéis de ceño.
- ¡ La despedida del señor de Choiseul ?
- Precisamente.
- Imposible, condesa.
- Entonces, mis caballos.....
- Pero, atolondrada.....
- Firmad mi carta-orden para la Bastilla, ó la que despide el ministro.
- Hay un medio de conciliarlo todo, dijo el rey.
- ¡ Gracias por vuestra clemencia, señor ! Partiré sin ser inquietada, á lo que parece.
- Condesa, sois mujer.
- Afortunadamente.
- Y habláis de política como una verdadera mujer amotinada y colérica. Yo no tengo ningún motivo para despedir al señor de Choiseul.

— Comprendo, al ídolo de vuestros parlamentos, al que los sostiene en la insurrección.

— En fin, se necesita un pretexto.

— El pretexto es la razón del débil.

— Condesa, el señor de Choiseul es un hombre honrado, y los hombres honrados son raros.

— Es un hombre honrado que os vende á los goli-llas, los cuales os comen todo el oro de vuestro reino.

— No exageréis, condesa.

— Á lo menos la mitad.

— ¡ Dios mío ! exclamó Luis XV despechado.

— ¡ Pero en realidad, exclamó por su parte la condesa, muy necia soy ! ¿ Qué me importan á mí los parlamentos, los Choiseul ni su gobierno ? ¿ Qué me importa el mismo rey, á mí que soy el plato de segunda mesa ?

— ¿ Volvemos á las andadas ?

— Volvemos, sí, señor.

— Vamos, condesa, dejadme dos horas de reflexión.

— Diez minutos, señor. Entro en mi cuarto, deslizada vuestra respuesta por debajo de la puerta : ahí tenéis papel, tintero y pluma. Si en diez minutos no me habéis respondido ó no me respondéis á mi gusto... ¡ Adiós, señor !... No penséis más en mí, pues habré partido. Sino.....

— ¿ Sino ?

— Apoyad sobre el botón y caerá la clavijilla.

Luis XV, para tomarse cierto continente, besó la mano de la condesa, quien al retirarse le lanzó, como los Partos, su sonrisa más provocativa.

El rey no hizo la menor oposición á su retirada, y la condesa se encerró en el cuarto contiguo.

Al cabo de cinco minutos, un papel plegado en cuatro dobleces rozó la guarnición de seda de la puerta y la lana de la alfombra.

La condesa leyó con avidez el contenido del billetes escribió apresuradamente algunas palabras con lápiz, y las arrojó al señor de Richelieu, que se estaba paseando en el pequeño patio bajo un tejadillo, con gran miedo de ser visto y por consiguiente muy alerta.

El mariscal desplegó el papel, leyó, y echando á correr á pesar de sus setenta y cinco años, llegó al patio principal en donde estaba su coche.

— ¡ Cochero, dijo, á Versailles á todo correr !

He aquí el contenido del papel que la condesa había arrojado por la ventana al señor de Richelieu :

« He saudido el árbol, y ha caído la cartera. »

Cómo trabajaba Luis XV con su Ministro

Al día siguiente circulaban por Versalles grandes rumores; todos los que se encontraban se dirigían palabras misteriosas, se daban apretones de manos muy significativos, ó bien se cruzaban los brazos y dirigían miradas al cielo para manifestar su dolor y sorpresa.

El señor de Richelieu, con no pocos partidarios suyos, se hallaba á las diez de la mañana en Trianón en la antecámara del rey.

El conde Juan, muy engalanado y resplandeciente, conversaba con el viejo mariscal, revelando el mayor contento en su risueño semblante.

Á eso de las once pasó el rey á un gabinete de despacho, con mucha prisa y sin dirigir la palabra á nadie.

Á las once y cinco minutos se apeó de su coche el señor de Choiseul y atravesó la galería con la cartera bajo el brazo.

Á su paso hubo un gran movimiento de personas que se volvían para aparentar que hablaban entre sí y no saludar al ministro.

El duque no hizo alto en aquella evolución, y entró en el gabinete, donde halló al rey hojeando un legajo de papeles mientras tomaba el chocolate.

— Buenos días, duque, le dijo el rey amistosamente. ¿ Venis bien dispuesto esta mañana ?

— Señor, el señor de Choiseul está bien dispuesto y perfectamente sano, pero el ministro está muy indispuerto, y viene á suplicar á V. M., puesto que nada le dice, se digne admitir su dimisión. Doy gracias al rey por haberme permitido esta iniciativa, y viviré eternamente reconocido á este último favor.

— ¡ Cómo, duque ! ¡ Vuestra dimisión ! ¿ qué significa eso ?

— Señor, V. M. firmó ayer á madama Dubarry una orden destituyéndome, y esa noticia ha circulado ya por todo París y Versalles. El mal está ya hecho, pero á pesar de eso no me ha parecido conveniente el abandonar el servicio de V. M. antes de haber recibido dicha orden y el necesario permiso, pues habiendo sido nombrado oficialmente, sólo puedo considerarme destituido por un acto oficial.

— ¡ Cómo, duque ! exclamó el rey riéndose, porque la severa y digna actitud del señor de Choiseul le imponía hasta el punto de inspirarle temor. ¿ Es posible que un hombre de vuestro talento y formalidad haya creído eso ?

— Pero, señor, repuso el ministro con sorpresa, vos habéis firmado.....

— ¿ Qué ?

— Una carta que madama Dubarry tiene en su poder.

— ¡ Ah, duque ! ¿ nunca habéis tenido necesidad de hacer las paces ? Sois muy feliz por cierto, y madama de Choiseul es un modelo.

Ofendido el duque de la comparación arrugó las cejas.

— V. M., respondió, tiene un carácter demasiado

elevado para confundir con los negocios del Estado lo que se ha dignado llamar asuntos domésticos.

— Choiseul, es preciso que os lo refiera todo, pues ha sido demasiado divertido; no ignoráis que por allá se os teme.

— Es decir, señor, que se me aborrece.

— Como queráis: el hecho es que esa loca me ha puesto en la alternativa de que la encierre en la Bastilla, ó de que os dé las gracias por vuestros servicios.

— Y bien, señor.....

— Debéis confesar que hubiera sido una gran desgracia perder el golpe de vista que ofrece Versalles esta mañana. Así que, desde ayer me divierto en ver cómo se despachan correos en todas direcciones, y cómo se estiran y encogen los rostros de mis cortesanos. Ya lo veis; desde ayer gobierna la Francia CortiLLÓN III, lo cual es sumamente agradable.

— ¿Pero el fin de todo eso, señor?

— El fin, mi querido duque, será siempre el mismo.

Ya me conocéis, y no ignoráis que aunque siempre aparento ceder, nunca cedo. Dejad que las mujeres se devoren el pastel que les arrojé de vez en cuando, como hacían los que procuraban adormecer á Cerbero, y vivamos nosotros tranquilos, imperturbables y siempre unidos. Sin embargo, ya que hemos llegado por este incidente al artículo de las explicaciones, conservad en la memoria lo que voy á deciros: Sean cuales fueren los rumores que lleguen á vuestros oídos, sea cual fuere el contenido de cualquiera carta mía que recibáis, no por eso dejéis de venir á Versalles... Mientras os diga lo que ahora estáis oyendo seremos buenos amigos.

El rey alargó la mano al ministro, que se inclinó sin expresar gratitud ni resentimiento.

— Y ahora, duque, trabajemos, si así os place.

— Estoy á las órdenes de V. M., respondió el señor de Choiseul abriendo la cartera.

— Y para empezar decidme algo acerca de los últimos fuegos artificiales.

— ¡Oh! han ocasionado lamentables desgracias, señor.

— ¿Quién ha tenido la culpa?

— El señor de Bignon, preboste de los mercaderes.

— ¿Ha clamado mucho el pueblo?

— Mucho, señor.

— De modo que tal vez hubiéramos debido destituir al señor de Bignon.

— El parlamento, uno de cuyos individuos ha estado expuesto á perecer en medio del tumulto, tomó la cosa muy á pechos, pero el abogado general Seguier ha pronunciado un elocuente discurso para probar que todas aquellas desgracias han sido obra de la fatalidad. Se le ha aplaudido, y el asunto no ha tenido consecuencias.

— Tanto mejor. Hablemos ahora de los parlamentos y sepamos lo que nos echan en cara.

— Nos echan en cara, señor, que no he sostenido al señor de Aiguillon contra el señor de La Chalotais; pero ¿quién se ocupa de eso? Los mismos que han recibido con mil aplausos la carta de V. M. Tened entendido, señor, que el señor de Aiguillon ha extralimitado sus facultades en Bretaña, que los jesuitas estaban realmente desterrados y que el señor de La Chalotais tenía razón; que V. M. ha reconocido por un acto público la inocencia del procurador general. El rey no puede desdeñarse: no importa que lo haga cuando habla con su ministro, pero ¡cuando habla con su pueblo!!!.....

— Entretanto los parlamentos se consideran más fuertes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEOA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1423 MONTERREY, MEXICO

29973

— Y lo son en efecto. ¿No sabéis que se prende á sus miembros, que se les veja, que se les multa, y que luego se les declara inocentes? Por fuerza han de ser fuertes. No he acusado al señor de Aiguillon de haber dado principio al asunto de La Chalotais; pero nunca podré perdonarle el no haber tenido razón.

— Vamos, duque, el mal está hecho; pensemos en el remedio. ¿Cómo contendremos á esos insolentes?

— Que cesen las intrigas del señor canciller, que falte apoyo al señor de Aiguillon, y se extinguirá la cólera del parlamento.

— Pero es ceder por mi parte.

— ¿Y quién representa á V. M., el señor de Aiguillon ó yo?

El argumento era rudo, y el rey lo conoció.

— Ya sabéis, dijo, que no acostumbro disgustar á mis servidores aun cuando conozca que se han equivocado. Pero dejemos ya eso, pues el tiempo nos hará justicia á todos, y ocupémonos del exterior... Me han dicho que tendremos guerra.

— Señor, si llega ese caso será una guerra leal y necesaria.

— Con los ingleses... ¡Demonio!

— ¿Teme acaso V. M. á los ingleses?

— ¡Oh! lo que es en el mar....

— Tranquilícese V. M. El duque de Praslin, primo mío y ministro de Marina, os dirá que tiene sesenta y cuatro navíos, sin contar los que están en los astilleros, así como materiales para construir doce más en un año, con cincuenta fragatas de línea por año didura, lo cual constituye una fuerza respetable para una guerra marítima. En cuanto á la guerra continental estamos mejor, pues tenemos á Fontenoy.

— Perfectamente, duque; pero ¿por qué he de combatir contra los ingleses? Una administración mucho

menos hábil que la vuestra, la del abate Dubois, ha evitado siempre la guerra contra la Inglaterra.

— Ya lo creo, señor; como que el abate Dubois recibía mensualmente de los ingleses seiscientas mil libras.

— ¡Duque, duque!

— Tengo la prueba, señor.

— Sea así: pero ¿en qué veis motivo para una guerra?

— La Inglaterra pretende la posesión de toda la India, y he dado á vuestros oficiales las órdenes más severas y aun más hostiles. La primera colisión ocasionará reclamaciones por parte de la Inglaterra, y mi parecer es que no debemos satisfacerlas, pues es preciso que el gobierno de V. M. sea respetado por su fuerza, ya que hasta aquí sólo lo ha sido por la corrupción.

— Lo que conviene es dar tiempo al tiempo, porque, ¿quién ha de saber en la India lo que hacemos aquí? ¡Están tan lejos!

El duque se mordió los labios y dijo:

— Hay otro *casus belli* mucho más próximo para nosotros.

— ¿Otro todavía? ¿Cuál es?

— Los españoles aspiran á la posesión de las islas Maluinas y Falkland: los ingleses habían ocupado arbitrariamente el puerto de Egmont; pero los españoles los han arrojado de él á viva fuerza: de ahí proviene el furor de la Inglaterra, y al presente amenaza á sus contrarios con los mayores rigores, si éstos no le dan satisfacción.

— ¡Y bien! si los españoles han obrado mal con los ingleses, los dejaremos que se las arreglan entre sí.

— ¿Y el pacto de familia? ¿Por qué os habéis empeñado en firmar ese pacto, que liga estrechamente

á todos los Borbones de Europa contra las empresas de la Inglaterra?

El rey inclinó la frente.

— No os inquietéis, señor, prosiguió Choiseul; tenéis un ejército formidable, una marina imponente y dinero, pues yo sé proporcionarlo sin dar lugar á que griten los pueblos. Si tenemos la guerra, será una causa de gloria para el reinado de V. M. y estoy proyectando un engrandecimiento, cuyo pretexto y excusa no ofrecerán otros.

— Corriente, duque; pero al menos tengamos paz en el interior; no debemos buscar la guerra en todas partes.

— Señor, el interior está tranquilo, replicó Choiseul, fingiendo que no comprendía.

— No por cierto, no; vos lo conocéis perfectamente. Vos me amáis y me servís bien; pero hay otros que suponen amarme y que obran de distinto modo que vos: es preciso por lo tanto conciliar estos dos sistemas, á fin de que yo pueda vivir dichoso.

— No dependerá de mí el que vuestra felicidad deje de ser completa.

— Eso se llama hablar sabiamente. Pues bien, venid hoy á comer conmigo.

— ¿Á Versalles, señor?

— No, á Luciennes.

— ¡Oh, señor! lo siento infinito; pero mi familia está muy alarmada con la noticia que ayer se esparció, y me cree caído de la gracia de V. M. Ya sabéis, señor, que no debo permitir que padezcan por más tiempo tan buenos corazones.

— ¿Y os parece, duque, que no padecen las personas de quienes os estoy hablando? Acordaos de lo bien que vivíamos los tres en tiempo de la pobre marquesa.

El duque bajó la cabeza, oscurecieron sus ojos, y un suspiro medio ahogado se escapó de su pecho al contestar:

— Madama de Pompadour era sumamente celosa de la gloria de V. M. y abrigaba profundas ideas políticas. Confieso que su genio simpatizaba con mi carácter, y muchas veces me he unido á ella para llevar á cabo grandes empresas: os digo, señor, que nos entendíamos.

— Pero se mezclaba en la política del gobierno, y todos la criticaban por esto.

— Es verdad.

— La condesa, por el contrario, es mansa como un cordero, y ni siquiera ha pedido hasta hoy un solo mandamiento de prisión contra los libelistas y cancioneros. Pues bien, duque: á pesar de eso la censuran lo mismo que á la otra. Esto me indispone contra el progreso de las ideas. Conque, ¿queréis venir á hacer las paces á Luciennes?

— Señor, tened la bondad de asegurar á la condesa Dubarry que la tengo por una mujer encantadora y digna del amor de un rey, pero...

— ¡Vaya un *pero* cruel!

— Pero estoy convencido, prosiguió el señor de Choiseul, de que si V. M. es necesario á la Francia, más necesario es hoy á V. M. un buen ministro que una hermosísima querida.

— No hablemos más del asunto y sigamos siendo buenos amigos. Pero engatusad bien á madama de Grammont, para que no vuelva á conspirar contra la condesa, porque las mujeres son capaces de embrollarnos.

— Señor, la falta de madama de Grammont consiste en que desea siempre complacer á V. M.

— Pero me disgusta haciendo daño á la condesa.

— Por eso se marcha, señor, y no volverá á la corte de modo que la condesa tendrá un enemigo menos.

— No es eso lo que debe hacerse, á mi parecer, y veo que lleváis las cosas demasiado lejos. Pero me arde la cabeza, duque, pues hemos trabajado esta; mañana como Luis XIV y Colbert; hemos sido *gran Siglo*, como dicen los filósofos. Á propósito, duque, ¿sois filósofo?

— Soy un servidor de V. M., respondió el señor de Choiseul.

— Me agradáis sobremanera, y nunca podré pagaros como merecéis. Vamos, dadme el brazo, porque estoy un poco trastornado.

El duque se apresuró á ofrecer el brazo á S. M.

Conocía que iban á abrirse las dos grandes hojas de la puerta, y no ignoraba que toda la corte diseminada en la galería iba á contemplarlo en tan espléndida posición. Después de haber sufrido tanto, no le pesaba hacer sufrir algo á sus enemigos.

El ujier abrió en efecto la puerta y anunció al rey.

Luis XV, sin dejar de hablar con el señor de Choiseul, dirigiéndole afectuosas sonrisas y apoyándose en su brazo, atravesó la multitud sin reparar ó sin querer advertir la palidez del rostro de Juan Dubarry y lo encenso que estaba el señor de Richelieu.

No se ocultó al señor de Choiseul aquella diferencia de sentimientos, y pasó con serenidad, con afectada arrogancia, por delante de los cortesanos, que entonces se le acercaban tanto como se habían separado de él cuando se dirigía al gabinete del rey.

— Esperadme aquí, dijo el rey; pues quiero que me acompañéis á Trianón: acordaos de todo cuanto os he dicho.

— Queda grabado en mi corazón, contestó el minis-

tro, conociendo que con esta frase hería en lo vivo á todos sus contrarios.

El rey entró al mismo tiempo en sus habitaciones.

El señor de Richelieu rompió la fila de los cortesanos y se apresuró á estrechar entre sus enjutas manos las del ministro, diciéndole:

— Ya sé hace mucho tiempo que un Choiseul tiene el alma muy pegada al cuerpo.

— Gracias, contestó el duque, que no ignoraba á qué atenerse.

— Pero ese absurdo rumor... añadió el mariscal.

— Ese rumor absurdo ha divertido mucho á S. M., repuso Choiseul.

— Hablábase de una carta...

— Un chasco de parte del rey, replicó el ministro lanzando ese apóstrofe á Juan, que no sabía que pensar.

— ¡Bravo! ¡bravísimo! añadió el mariscal dirigiéndose al conde, no bien hubo desaparecido el duque de Choiseul.

El rey volvió á salir y corrió á la escalera llamando al ministro.

— Pues, señor, nos han ganado la partida, dijo el mariscal á Juan.

— ¿Y adónde van ahora?

— Al pequeño Trianón á reirse de nosotros.

— ¡Malditos sean! murmuró Juan... ¡Ah! perdonad, señor mariscal.

— Ahora me toca á mí, respondió éste en voz baja. Veremos si mis recursos son más poderosos que los de la condesa.